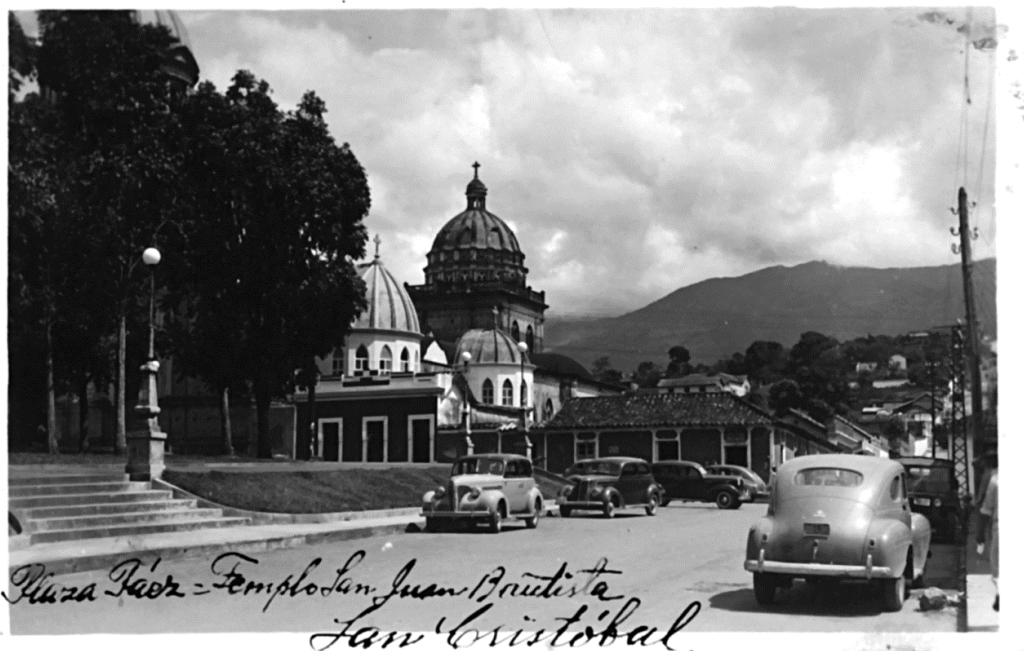


PLAZA PÁEZ, LA ERMITA, SAN CRISTÓBAL



*Plaza Páez - Templo San Juan Bautista
San Cristóbal.*

Fuente: Fototeca digital del Historiador Luis Contreras Hernández

DE LA ALDEA A LA CIUDAD: LA POESIA DE MANUEL FELIPE RUGELES

JOHANA NOGUERA CÁRDENAS

Leer literatura para entrever la ciudad, posibilita la comprensión de lo humano en estrecha relación con las emociones, las relaciones y los afectos que el autor expresa a través de la palabra. Concebir la ciudad sin poesía es pensar en una ciudad dormida y sin alma. Por otra parte, la poesía sin ciudades imaginadas, recreadas o reales carece de fuerza en lo cultural y patrimonial. Para Illas (2013) “... las humanidades, la cultura; y dentro de éstas, lo literario, proporcionan conocimientos para entender la vida, lo cotidiano, la existencia, esencia humana, en fin, comprender la cualidad poética que se esconde en la riqueza del lenguaje” (p. 298). De manera que comprender el lenguaje poético en los versos de un insigne tachirense, en torno a la ciudad, es uno de los propósitos fundamentales de este artículo¹.

El 30 de agosto de 1903 en la ciudad de San Cristóbal (Estado Táchira – Venezuela) nace uno de los más destacados poetas, ensayistas, periodista y político del Estado, se trata de Manuel Felipe Rugeles, quien ejerció significativos cargos en la nación, entre ellos: Director de la revista *El Agricultor Venezolano*, 1939; Jefe de redacción del diario *Crítica*, 1940; Director de Gabinete del Ministerio de Agricultura, 1941; Director de Gabinete del Ministerio de Hacienda,

¹ Este artículo forma parte de los avances del proyecto de investigación financiado por el Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes CDCHTA de la Universidad de Los Andes. Código NUTA-H-395-16-06-B.

1943; Director de la Oficina Nacional de Prensa, 1949; ejerció cargos diplomáticos en Estados Unidos y Argentina, 1949 – 1952; Director de Cultura del Ministerio de Educación, 1952 – 1958 (SALCEDO, 1978, p. 15 - 17). Generalmente lo ubican como parte de la Generación de 1918, movimiento caracterizado por su renovación escritural que da paso a la formación de la Vanguardia en Venezuela y a nuevas formas expresivas. Otros escritores discrepan de esta idea, pues para 1918 el poeta apenas contaba con quince años de edad, vivía en el estado Táchira y por tanto no conocía a los integrantes de esa generación. Sin embargo, las características de su lírica hacen que lo sitúen en dicha generación. Esta se destacó por su estrecha relación con el círculo de Bellas Artes lo que desencadenó la autenticidad en el estilo por considerar la poesía y la pintura en su conjunto.

El poeta fallece en Caracas, capital del país, el 4 de noviembre de 1959, pero sus obras perduran en el tiempo, entre otros aspectos porque resguardan la identidad cultural de su lugar natal. Lo que permite formular la siguiente tesis, ¿cómo se aborda la relación entre la literatura y la ciudad de San Cristóbal en algunos textos literarios? Esta interrogante será respondida en lo sucesivo, atendiendo al objetivo general de la presente investigación que consiste en analizar la visión literaria que tiene Manuel Felipe Rugeles, como autor tachirense, sobre la ciudad de San Cristóbal y su valoración con las identidades urbanas.

LA LITERATURA Y LA CIUDAD

En las instituciones públicas, de la ciudad de estudio, reposan diversos espectros literarios sobre San Cristóbal. Estos merecen rigurosos análisis e investigaciones que apunten a su revalorización en el ámbito local, regional e incluso nacional. En este caso, cabe resaltar la importancia de los diversos textos que conforman la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, creada por el historiador Ramón J. Velásquez. Esta colección reúne las obras destacadas de Manuel Felipe Rugeles, en donde se demuestra la identidad cultural como parte del legado tachirense, con el propósito de dar a conocer los arraigos de este territorio y de quienes habitan en él.

El simbolismo y la construcción de significado son aspectos que resaltan el proceso cultural. Para Fernández (2009), “el interés se centra en la más profunda naturaleza del lenguaje, concebido como poder creativo de comunicarse, como esfuerzo de expresar y comprender, como capacidad de dotar de significado al mundo” (p. 7). En Rugeles, escritor tachirense, puede leerse e interpretarse el valor que concedió al paisaje, a su tierra natal, a sus raíces desde una innegable creatividad artística. De manera que, como señalan Sánchez y Jerez (2005):

Será difícil que sin utopía, sin capacidad creativa, sin ficción literaria, pueda hacerse territorio, tanto, como difícil es sustraer la obra creativa del territorio mismo, o negar la presencia de las sensaciones y emociones que el espacio y el tiempo (el territorio) ejercen sobre el autor y su obra literaria (p. 514).

Lo expuesto sustenta el empleo de la literatura, como medio, no solo de recreación sino también de conocimiento de aspectos territoriales y culturales. Además, los investigadores afirman: “El territorio, está presente en la obra literaria y artística, pues, en cuanto a intención y acción creativa pertenecen a un espacio y a un tiempo y no pueden ser interpretables sin ambas categorías (p. 516). De manera que, el territorio puede ser comprendido como un espacio para la creación, la razón y la emoción en un tiempo determinado.

Sánchez y Jerez (2005) concluyen que conocer un espacio “exige en primer lugar conocer sus elementos y estos los percibimos a través de los sentidos y los codificamos a través de los lenguajes, los recuperamos de la memoria cuando esta los organiza en los mapas mentales” (p. 530). Estos permiten la organización de la información para representar conceptos o ideas interrelacionadas. Se puede decir que es una forma de reconstruir realidades a partir de elementos temporales, espaciales, paisajísticos e históricos. En consecuencia, revisar la historia para definir qué es la literatura demuestra que existen distintas maneras de concebirla. Resulta un concepto versátil cargado de imaginación y emoción.

Por otra parte, Zambrano (2009) señala que “Una lengua es la base de la construcción y expresión de la cultura de sus usuarios. La identidad que éstos se fabrican está íntimamente ligada a la palabra que puedan decir en ese código particular” (p. 63). Tal es el caso de quienes viven en San Cristóbal, capital del fronterizo estado Táchira en donde uno de sus rasgos identificadores es reconocido en todas partes del país por su marcada diferencia lingüística (pausas, cadencias, ritmo, entonación, dialecto...). De igual forma, el Estado se ha destacado gracias a su gentilicio, por su repercusión en diferentes ámbitos como el político, en lo económico y lo social. Debido a que cuenta con una de las fronteras más dinámicas en América Latina, tanto por el flujo comercial como por la movilización de personas y las relaciones de interculturalidad. Recordemos que el Táchira se halla en la frontera andina venezolana.

Así que “Cada ciudad tiene su historia pero muchas historias al mismo tiempo, que constantemente trastocan sus territorialidades; con razón se le asigna el cliché de polisémicas para resaltar su diversidad socio-espacial donde también vislumbran secretos, misterios, identidades ocultas...” (VALERO, 2008). No hay duda de que estas particularidades han influido en la configuración del espacio tachirenses.

Para Illas, (ob. cit, p. 312):

La experiencia identitaria a partir de la literatura local y regional se establece, precisamente, en este vínculo interrelacional entre textos, culturas, lenguajes, símbolos, imaginarios, paisajes, cotidianidades y realidades circundantes que adquieren especial resonancia y matiz en discursos que abordan la recreación de los planos experienciales identitarios y autóctonos.

Todos estos aspectos se hallan en la poética de Manuel Felipe Rugeles. Por consiguiente, permiten al lector conocer los distintos escenarios que ciñen al poeta desde la perspectiva afectiva, sensorial y geográfica – espacial. Además de ejercer una vasta influencia en las diferentes expresiones y visiones literarias.

El texto literario es, sin duda, un acto de comunicación que resulta de la creación de un autor. Su finalidad ha sido catalogada como estética, puesto que más que ser práctica busca producir placer en el espíritu, aunque pueda generar cambios en la sociedad, en las prácticas culturales y políticas de una nación. El escritor por medio de la poesía puede manifestar sentimientos múltiples de amor, dolor, gozo, inconformidad, necesidad, queja, etc. Tanto los géneros literarios como los subgéneros atribuyen a cada texto una serie de rasgos que caracterizan cada época, pero es el autor quien crea su propia técnica.

El lenguaje poético puede contar con palabras poco usadas para llamar la atención, el predominio de los epítetos, es decir, aquella construcción en la que el adjetivo antecede al sustantivo y resulta de gran valor estético. La presencia de tropos como las metáforas, la metonimia y la sinécdoque, estos como recursos de tipo léxico. Los recursos fónicos como la rima, el ritmo y la aliteración. Los de tipo morfosintáctico entre los que podemos mencionar: el hipérbaton, la reduplicación, el asíndeton, polisíndeton, epanadiplosis, entre otros. También es posible hallar textos literarios en los que se constata los recursos de tipo semántico como la hipérbole, la prosopopeya, la antítesis, la paradoja, etc. En virtud de eso, el análisis literario contempla tres elementos de interés, como lo son el escritor, la obra y el lector. Estos elementos de análisis son imprescindibles en el desarrollo de esta investigación. El primero se place de la palabra para utilizar en la obra los recursos mencionados y el último aunque los desconozca no deja de percibir y sentir el mensaje poético.

Asimismo, Kaufman y Rodríguez (2001) asumen que los textos literarios “son textos que privilegian el mensaje por el mensaje mismo. En ellos interesa cómo se combinan los distintos elementos de la lengua de acuerdo con cánones estéticos para dar una impresión de belleza” (p. 29). De manera que los textos, como unidades comunicativas, expresan distintas intenciones atendiendo no solo al tipo de texto sino a la función del lenguaje que en él predomina, ya sea informativa, apelativa, expresiva o en su defecto literaria. Para las autoras, el tipo

de lenguaje a estudiar (literario) “permite el desarrollo de todas las virtualidades del lenguaje, que es el espacio de la libertad del lenguaje liberado de las restricciones de las normas” (p. 30). Por ende, existen poetas que rememoran en sus textos, las particularidades del ambiente (territorio) en donde se formaron, tal como lo hace Rugeles, en su poesía sobre su entrañable aldea. De igual manera, se ven influenciados por la lectura de sus pares, sus experiencias de vida, el entorno en el que se ven inmersos, la familia, los amigos, sus viajes, estudios etc.

En palabras de Figueroa (2013) “Nada se escapa a la visión del creador literario cuando se entrega en carne y alma a los quehaceres mágicos de este arte envuelto en ludismo, seriedad, sencillez, y sobre todo en el realismo concatenado con la exuberante ficción.” (s. p.). He aquí esa línea inmaterial que al lector le cuesta dilucidar entre lo que es real o lo que surge de la inventiva del escritor. Le corresponde al lector indagar sobre aspectos biográficos, geográficos e historicistas sobre el autor, además de jugar con su imaginación interpretativa.

Sack (citado por Schneider y Peyré, 2006) “examina la territorialidad humana en la perspectiva de las motivaciones humanas” (p. 5). Lo que explica la “permeabilidad” del territorio. Se hallan territorios fijos, móviles y otros que subyacen en el contexto literario ideados por el escritor o tan reales como el que nos atañe — la aldea de Rugeles —. Valero (2015) concibe “... el paisaje (los paisajes) como fruto de las relaciones intersubjetivas y sus ligazones territoriales donde se desenvuelven las convivencias, se construyen los imaginarios y emergen los arraigos culturales; en ellos se imprimen las huellas de la movilidad humana...” (p. 2). En ese sentido, se debe considerar las tradiciones populares y las variaciones dialectales que existen dentro de nuestro país y a la que estamos expuestos, además de la influencia que recibe el Táchira por ser un estado fronterizo. Así que, resulta interesante entrecruzar la literatura y la ciudad con el fin de explorar la diversidad cultural. Para Argüello (s. f., p, 236):

Le corresponde pues al poeta, al narrador poner en papel o en concreto cómo ha sido percibida, evocada, sentida, imaginada y cantada (¡ojo!: cantada) la ciudad. Es que para eso están los poetas y los narradores: para sentirla, cantarla, construirla, denunciarla con eso que Wallace Steven llamó la gran ficción suprema: la poesía y la metáfora.

En efecto, las palabras literarias no solo denotan sino que avivan en el lector recuerdos, sensaciones, historias, añoranzas e infinidad de emociones. De modo que la lectura, de las obras elegidas: *Aldea en la niebla* (1944), *Memoria de la tierra* (1946 – 1948) en Rugeles, M. F. (1961) y *Cantos de sur y norte* (1954) en Rugeles, M. F. (2009), permiten la construcción de significados que combinan la objetividad y la subjetividad en las múltiples dimensiones del autor, como ser humano, desde el contexto histórico social que rodearon sus actos y origen.

LA POESÍA Y EL LECTOR

La poesía es un texto vivo, con sobrada alma, en el que se entretajan todas las funciones del lenguaje y los elementos antes descritos. A ello, se suma la particularidad de que permite al lector hacer catarsis emocional aún y cuando este desconozca que una estrofa está integrada por un conjunto de versos y que la rima es la coincidencia de los sonidos de las palabras finales de dos versos que otorgan musicalidad a la poesía o que la reduplicación es la repetición de palabras seguidas, por citar un par de ejemplos.

Tal situación no condena al lector a no comprender o a no deleitarse con el lenguaje poético, ya que el disfrute del poema no está en analizar sus partes, va más allá de los aspectos historicistas, de los elementos del género lírico, objeto lírico, actitud lírica, temple de ánimo, las figuras o recursos literarios empleados por el autor, la medida de los versos y su clasificación (número de sílabas, acento, tipos de rima). Sin menoscabo de que un profesor de lengua o estudioso del área sea capaz de reconocer tal estructura; puesto que no se pretende restarle importancia al análisis métrico, la técnica literaria o los recursos de tipo léxico, semánticos, fónicos o morfosintácticos, pero no es parte fundamental de lo que se busca en este estudio.

Por el contrario, pensando en el goce de la lírica; la intencionalidad es analizar la visión del poeta desde la expresión misma y cómo esta puede ser percibida por el lector.

Es en su obra *Aldea en la niebla* (1944), citado en Rugeles, M. F. (1961), en el que se halla su poema *La Aldea* (p. 39), se manifiesta el poeta niño que ama su territorio y lo enaltece gracias a sus afectos pueriles.

En mi aldea
cuando niño
nunca creí en otra aldea,
nunca soñé en otra tierra.

Allí vive toda su infancia y descubre otros caminos a partir de ella. Ese paisaje representado por el río, la huerta, los pájaros, la plácida niebla y sobre todo la sublime alma de esa tierra que desde la distancia es más sentida y añorada.

Cabe destacar que su sobrino Manuel Antonio Rugeles, dirigió una “Carta privada” a la Peña Literaria Manuel Felipe Rugeles, en la que expuso una significativa e importante aclaratoria sobre uno de los poemas más emblemáticos del poeta, se trata de *La Aldea*. Sobre este Rugeles, M., comunicación personal, 25 de febrero de 2013, argumenta:

En las últimas ediciones de poesías de Rugeles se le ha excluido un verso a la primera estrofa, y aparece en su lugar una composición inexacta entre el verso que le 'dejaron' y el que le falta. La primera estrofa debería decir (correctamente):

En mi aldea,
cuando niño,
nunca creí en otra aldea,
nunca soñé en otro cielo,
nunca pensé en otra tierra.

El familiar cuenta que la omisión ha trascendido en el tiempo desde la publicación de "Poesías" (Antología General), en 1961, por la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses y de ello no se escapa la obra Hora de Palique publicada en el 2013. Su sobrino, esgrime: «... tengo una edición de "Aldea en la niebla y otros poemas de la tierra", elaborada en Caracas en el año 1956..., y en ella aparece el poema (La Aldea) sin esa mutilación » (p. 1).

También, agrega que la edición fue supervisada por su tío y que el texto fue impreso gracias a Talleres Gráficas Sitges. Lo anterior, invita a reflejar en la primera estrofa la clarificación de la composición poética, ya que en la versión citada, se evidencia la fusión de los versos finales. Por consiguiente, no se difundiría truncado e incompleto (Figura 1).

Para Salcedo (1978) "la poesía de Aldea en la niebla muchas veces va más allá de los linderos de la aldea concreta, y universaliza aún más las hondas sensaciones del paisaje" (p. 25). En donde prevalece el amor por la montaña aunado a la pureza de la infancia.

La aldea me dio su alma (p. 39) es un poema en el que el autor con sutileza demuestra lo entregado que fue a su tierra y cómo esta lo retribuyó con el mismo sentimiento. Se destaca la humanización del paisaje.

Yo di mi alma a la aldea.
La aldea me dio su alma.

La entrega de afectos a su pequeño poblado marca la versificación de este homenaje a su aldea, como cariñosamente le llama. La describe de la siguiente manera:

Las diez casas de la aldea
se ven pintadas de cal
y muestran rojas maceta
de claveles y jardines
sin barandales ni puertas,
mirando siempre el camino
que marca rumbo a esta tierra.

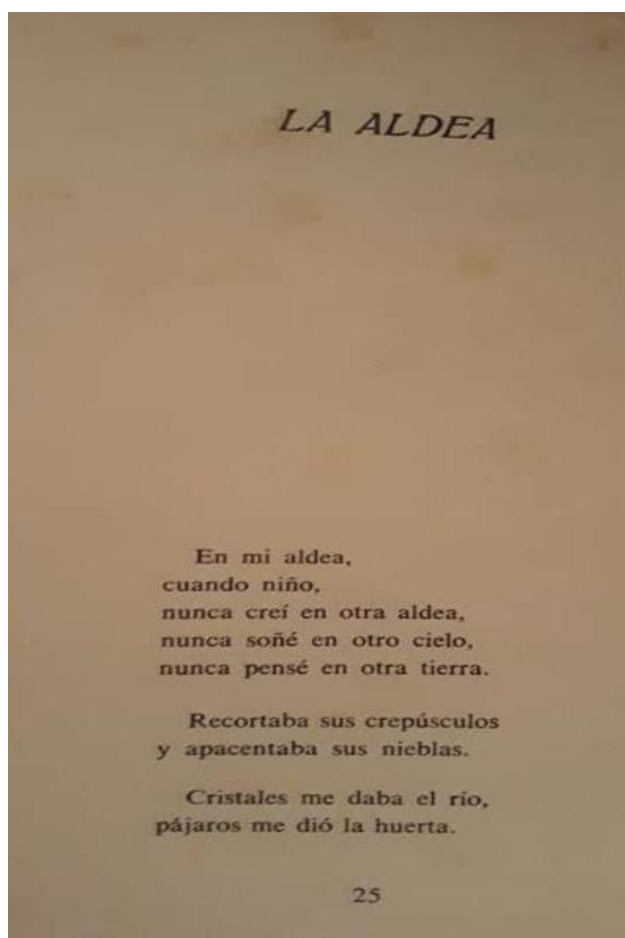


Figura 1- Copia fotográfica cortesía de Manuel A: Rugeles, Aldea en la niebla y otros poemas de la tierra". Libro edición del año 1956, Caracas.

A diferencia de la ciudad actual en cuyas fachadas prevalecen las rejas sinónimo de encierro y necesidad de resguardo. Se percibe un ambiente apacible, el campo como símbolo de libertad, la vegetación que bordea las casas sin cerca alguna.

No falta la estructura física, sagrada, para los feligreses de un pueblo andino, la iglesia:

Se alza la pequeña torre
de la iglesia
con su pequeña campana.
Su repique se oye apenas
por mayo cuando la Virgen
de Toituna está de fiesta.

Festividad envuelta por un halo de fe en donde los contenidos sensoriales se hacen presentes a través de este poema en el que recita /Sólo por mayo la

iglesia/ /cobra un extraño perfume/ expresa la devoción del aldeano al distinguir por el aroma aquel lugar de recogimiento en donde el sonido indica la devoción mariana en este mes en particular y el contenido sensorial utilizado en este último verso, para hacer referencia al sentido del olfato, representa la llegada de la Virgen.

El sentido de pertenencia e identidad son planteados por el poeta en Esta es la tierra nuestra (p. 41), así le explica al viajero o al extraño con sobrada descripción las cualidades de su campo:

(...) por sobre aquella colina
van dispersos los rebaños.

Un olor de pomarrosas
dispersa el aire y un vaho...

(...) viendo los pequeños huertos
de la aldea iluminados.

El olor de la canela
se riega por todo el campo.

Juega un papel determinante el perfume del espacio, capaz de avivar recuerdos en el lector de este canto. Sin ignorar /La niña de blanca frente/ color de piel típico de estas regiones montañosas en donde la niebla espesa oculta el sol. Sobre todo tratándose de la época infantil del escritor, puesto que actualmente las variantes climáticas son frecuentes y la niebla cada vez es menos.

Por mi corazón adentro (p. 43) es un texto poético en el que Rugeles con orgullo y como muestra de su profunda identidad tachireNSE se presenta, en estos versos, como un real provinciano. A saber: /Soy montañés y lo digo/ /porque montañés me siento/ ¿Cuántos se niegan o menosprecian sus raíces? El poeta lo afirma con elegancia y altivez. De manera que recorrer otras tierras y conocer nuevos caminos no hace que pierda la sencillez de su origen; por el contrario, reconoce su descendencia. Además de engrandecer a través de su pluma el territorio que lo vio crecer, aldea que con sobrada melancolía va recorriendo en estos versos:

(...) ¡Cuánta nostalgia de ti
y de la aldea yo tengo!
Nostalgia de ver azul
de colinas en invierno.
De mirar verde en los valles
y mirar niebla en los cerros.
De beber agua en cascadas.
De cortar el maíz tierno.

LAS CIUDADES ENTRE MIRADAS DIVERSAS

De seguir con los rebaños.
De ver nacer los luceros.
Madre: los pájaros llaman
a la puerta de mi sueño.
Madre: la aldea camina
por mi corazón adentro.

Encontramos el detalle de la aldea citada por el autor, es decir, el verdor de los valles, la neblina en los cerros, el agua de cascada, la presencia del maíz tierno como cosecha, la producción de la tierra, el andar con el rebaño como parte de la faena campesina. El disfrute del arado y la productividad se dejan ver:

En los ojos de los bueyes
el día dejó su rastro
de claridad. Y en nosotros
dejó el goce del arado.
La tierra está abierta en surcos.
Cada surco espera el grano.
Al llegar el verde fruto
ya estaré lejos del campo.
(Contigo voy, campesino, p. 52)

Narrar la historia ajena, sentida o vivida sin duda es una de las tantas cualidades del poeta y se ve demostrado en su fresca, sencilla y afectuosa obra poética en donde las prácticas familiares, es decir, aquellas que van de generación en generación tal cual herencia de inmenso valor, identifican gratamente a quienes la ejercitan:

Fue de alfarero la mano
que en la aldea nos bendijo.
Y de hornero la otra mano
que nos enseñó el oficio.
La arcilla nos dio el secreto
de transformar su destino.
Poseedores del secreto
no en balde lo repartimos.
Alfareros nuestros padres
y alfareros nuestros hijos.
El agua que es nuestro vino
siempre en vasijas de barro
la bebimos.
(Alfareros, p. 56)

La puesta en práctica de estos oficios representa un sello generacional que deja significativos frutos en las distintas configuraciones del ser humano. En consecuencia, leer, analizar e interpretar la georgicidad tan marcada en el poeta

despierta en lector la curiosidad de saber ¿cuál es la aldea de la que habla Rugeles? En la mayoría de los registros biográficos, ya sea en papel o en formato electrónico, aparece que nació en San Cristóbal. De manera que queda claro que es tachirense y por ende, hace referencia a la mencionada ciudad. Sin embargo, las descripciones que presenta en su poema: La Aldea me dio su alma, invita a pensar sobre el lugar en donde se situó su aposento en el que pasó su niñez entera, como él mismo señala.

No hay duda de que la aldea a la que hace referencia el poeta es hoy la ciudad de San Cristóbal. Castillo (1987) en su obra: Elementos históricos del San Cristóbal Colonial, nos relata que esta nació como humilde Villeta sufragánea de la ciudad de Pamplona. Agrega: “Fue aldea mucho tiempo, vestida siempre de pobreza y estrecheces, hasta que consolidó su quehacer” (p. 34). Seguramente, hace referencia a la pobreza material, pues la calidad humana, la riqueza espiritual e intelectual prevalecía. Seguidamente, manifiesta: “Luego fue poblado interiorano, quieto y apacible que creció lento como el tiempo que lo circuía. Nacía una casa o una calle al compás de muchos años” (p. 34). Y así, lentamente, se hizo ciudad.

En palabras de Paredes (En RUGELES, 1961, p. 9) fue “Villa como dijo y quiso el fundador y aldea como dijo y quiso inmortalizarla su máximo poeta”. Paredes en Amado (1936 – 1974) asegura que el poeta es legítimo Tachirense y que nació a tres cuadras de la plaza Bolívar. Aclara:

(...) en Zorca, como habían llamado al sitio antes los indios Tororos; en el Valle de Santiago como lo bautizó después el caballero de la Capa Roja [Rodríguez Suárez]; en la Villa que dejó plantada, como quien no quiere la cosa, Don Juan Maldonado y Ordoñez de Villaquirán” (p. 259).

Aquella aldea inicialmente llamada Zorca, representa el origen, el campo, la montaña y los elementos antes descritos. De ahí que, es imperante explicar que el Centro de la capital residía en donde hoy queda ubicada la plaza Juan Maldonado, antigua plaza Mayor. Allí se fundó la ciudad; la plaza Bolívar en nuestros días se sitúa en la Séptima Avenida con calle 9 y 10 entre el Centro Cívico y el Ateneo del Táchira. Así que, a partir de esta dirección, a tres cuadras, hallamos el lugar en donde habitaba el poeta junto a su familia.

Entre interrogantes sobre si su casa natal existe y si se conserva como patrimonio cultural... La incertidumbre fue despejada, gracias al periodista Manuel Rugeles (sobrino del poeta), quien vía telefónica manifestó que la casa de su abuelo: Manuel Salvador Rugeles, padre de Manuel Felipe Rugeles se encontraba ubicada en donde queda el estacionamiento de LACOR (M. RUGELES, comunicación personal, 23 de julio de 2018). Tal establecimiento comercial se halla en la prolongación de la Quinta Avenida “Francisco Javier García de Hevia”.

Así que ni vestigios hallaremos de su morada. Nos queda jugar con el imaginario y remontarnos a la San Cristóbal de 1900.

A propósito del poeta como ser humano, en palabras de Rugeles (2017): “Mi tío Manuel Felipe era un ‘tío’ buena-gente” (s. p.). El periodista en sus escritos incluye la poesía de su tío con el propósito de que sea difundida como merece. Él lo caracteriza como “poeta de la montaña, de los Andes venezolanos, de los niños de Venezuela y del mundo, pero, a la vez, poeta universal. Lírico como los grandes de la lírica universal [y no es porque sea mi tío] (y n.e.p.s.m.t.)” (RUGELES, 2017, s. p.). En efecto, esta investigación no solo pretende demostrar cómo se cruza la lectura poética con la ciudad, sino enaltecer el legado de este célebre tachirense; la calidad de su poesía es sinigual.

Las obras de Manuel Felipe Rugeles han marcado pauta importante en la literatura regional, bien vale la pena citar a Memoria de la tierra (1946 – 1948) en Rugeles, M. F. (1961) allí encontramos una pieza poética que eleva el alma y los pensamientos al pasado de cada ser o a su presente inmediato, se titula ¿Quién no tiene recuerdos? (p. 109). Todos estamos cargados de buenos, bellos, crueles o nefastos recuerdos. Estos avivan los sentimientos y hacen que aparezcan a flor de piel. Recordar un paisaje, un ser querido, una canción, el sabor de un café o el aroma de un lugar que puede despertar el deseo de volver o la repulsión al espacio.

Quando quiero estar solo, con la misma tristeza
de mis antepasados, parsimoniosamente
enciendo yo las velas de mi casa. Los viejos
candelabros de plata cobran vida y comienzan
a recordar su historia...

Imaginemos al poeta a la luz de las velas que emanan de unos antiquísimos candelabros. La llama parece ser fuente de inspiración en la que brotan las ideas en medio de la soledad. El paisaje como recuerdo, el tono de lamento y melancolía se hace presente en la letra del poeta producto de la añoranza y de la tan inesperada muerte de una persona que se detalla a continuación:

A Rufo, el pastor (p. 256). Antes de leer esta elegía y aplicando la técnica de comprensión lectora denominada anticipación, el lector puede adelantar el contenido del texto a partir del título, de manera que puede preguntarse ¿quién es o fue Rufo? ¿A quién representa? Se asume de entrada que es una persona que posee una connotación especial en la vida del escritor y que estaba dedicado a la vida pastoril. El poeta responde afectuosamente en los treinta y cinco versos que componen tan significativo poema, citaremos algunos de ellos:

Rufo, trabajador consecuente de las actividades campesinas.
Él había aprendido las lecciones de los campos.

DE LA ALDEA A LA CIUDAD: LA POESIA DE MANUEL FELIPE RUGELES

Andaba desde niño cerca de los manantiales.
Recogía los frutos maduros de la tierra.
Escuchaba en silencio la canción de los pájaros.

Rufo, ágil para trepar árboles, divertimento propio de los niños del campo.

Ascendía los árboles de las altas montañas
en busca de panales, de nidos o de orquídeas.
Vacas de manso ordeño custodiaba en los valles
Y de tarde volvía con el lento rebaño.

El poeta describe física y psicológicamente a este hermano de la siguiente manera:

Era fuerte y sencillo. Elemental y tierno.
Amaba el sol que funde la redondez del alba,
que da vida a la flor, a la fruta y las yerbas
y hace vibrar la cresta y el clarín de los gallos.

Su partida de este mundo es sentida hondamente.
"Hermano", yo le digo. ¡Ah!, ¡porque lo fue siempre!
Hermano de la tierra, de la flor, del paisaje.
Era una desatada forma de la alegría
¡Su corazón tenía un rumor de campana!

Su recuerdo persistió en los recuerdos del poeta y para siempre en su palabra: A Rufo.

A un año de su muerte, me lo imagino ahora
con su bondad de niño, pastor de alegres valles
por sendales de nieblas y de azules campánulas,
descubriendo el camino de llegar a la estrella.

Montañeros como Rufo distinguen en sus comunidades por su alegría, humanidad, laboriosidad, entre otras cualidades como las citadas. Ese protagonista puede ser la representación del hombre de campo con sus afables virtudes y ello hace que sea querido por todos los aldeanos quienes han de extrañarlo después de su partida física. Entre tanto, las ciudades pueden morir de múltiples formas. Mueren, por ejemplo, porque sus habitantes echan de lado los valores para acrecentar las prácticas de los antivalores; no solo es producto de la destrucción física de sus espacios, pues las ruinas sobrepasan lo tangible y trastocan lo moral. En Elegía a una ciudad muerta (p. 112) el poeta denuncia las particularidades que para la época lo envuelven:

El niño allí crecía en los barbechos
silencioso y tenaz como la encina.
Las mujeres hilaban en telares

de maderas antiguas, como hilaban
las mujeres sagradas de la Biblia.
Los ancianos oraban parcamente,
y al caer de la tarde bendecían
a sus hijos, al sol, a las cosechas.
Y la tierra en la gloria de su júbilo
se doraba en la piel de los ganados.

Ahora la ciudad
es ciudad de la sangre y de los muertos.
Allí cayó la chispa de los cielos.
Allí cayó la chispa, fatalmente,
y convirtió de pronto en remolino
y vértigo de llamas, humo y polvo,
su edificado mundo de alegría
y de paz en mitad de la montaña.

Elegía hoy más vigente que nunca, puesto que las ciudades de Los Andes venezolanos se han visto plagadas del desabastecimiento, la escasez, la polarización de bandos políticos y tristemente se ha convertido en ciudades de sangre y de muertos (/Allí cayó la chispa, fatalmente/) en donde el agricultor, el panadero, el ganadero, el comerciante ora por poder mantener sus productos al servicio del pueblo. Las madres no dejan de bendecir a sus hijos, pues no saben si regresarán con vida y muchos no lo harán en algún tiempo, ya que han pasado la frontera del estado Táchira en busca de mejores oportunidades. Un asalariado hace milagros para poder subsistir. Enfermarse y alimentarse resultan un lujo, producto de la inflación desbordada y la falta de medidas que verdaderamente devuelvan la paz a los tachirenses y venezolanos en general.

Vale la pena preguntarse, ¿qué escribiría el poeta sobre la ciudad, ahora? Su palabra pudiera ser fina, elegante y cargada de eufemismo, puesto que fue un exiliado político (COLOMBIA, 1929) y la experiencia de seguro le haría cuidar sus expresiones o por el contrario, la realidad lo invitaría a escribir sin máscaras y nuevamente sería víctima del destierro por no callar en su verso el dolor de sus paisanos. Recordemos que durante el mandato de Juan Vicente Gómez, el poeta a sus 24 años de edad fue apresado (1928 - 1929) por publicar unos textos, en el Periódico "Excelsior" que no eran aceptados por el régimen. A su salida se confina en el vecino país, retornando a Venezuela para 1936.

Sin duda, la poesía de Rugeles tiene un explícito contenido rural, podría decirse que su inspiración contiene un marcado lirismo con el que realza la cultura campesina, los paisajes reales, el territorio rememorado con marcada estética y lo contrasta para mostrarlo entrañable. La Georgicidad es parte esencial de la poética de Rugeles. El poeta se maravilla con el campo, las flores,

los árboles, los ríos, las cascadas, la agricultura, las faenas del campesino, la fertilidad de la tierra, el arado...

Otros célebres poetas como Pablo Mora, Pedro Pablo Paredes, Jacinto Fombona han reconocido las obras del insigne escritor, a quien en esta oportunidad dedicamos horas de lectura. Una de las más destacadas a nivel nacional es Cantos de Sur y de Norte (1954) gracias a esta se le confirió el Premio Nacional de Literatura de ese año. En este trabajo complace destacar su poema Del color de la Patria (p. 173) en Rugeles, M. F. (1961).

Patria, una palabra que guarda en su acepción los vínculos afectivos e históricos del lugar en donde se ha nacido. El color produce la sensación de los matices que posee nuestra tierra, resultan muy características cuando el poeta señala:

1

Se estremeces el trigal con la neblina.
Y es azul, tan azul, que no parece
trigal, sino una ola que se empina
cuando el aire de súbito lo mece.

3

...

Labrador de la tierra: soy tu hermano
Permíteme gozar tu sol, tu clima,
y deja que otra vez tu mano oprima.
Yo quiero hacer también el hortelano.

4

Trópico eterno en ilusión cambiante
de paisajes. La breve lluvia inicia
su libre són en cuerdas de diamante.
El agua es en la tierra una primicia
que apenas, cuando dura un claro instante,
el mundo vegetal vivo acaricia
y humedece la entraña palpitante
a toda siembra en el amor propicia.

5

Ola y albatros, nave volandera
brisa de playa, flor de las espumas,
y sol que vierte luces en las brumas
iniciales del alba marina.

Rugeles en estos versos se pasea por el paisaje nacional, hace referencia al clima de montaña propio de Los Andes venezolanos, menciona otros paisajes como la zona de Los Llanos y el calor que en el aguarda a la espera de una

deseada lluvia que nutra las siembras y aviven el mundo vegetal. De igual manera, exalta las playas de nuestro país y hace que imaginemos la corriente de aire que en ellas se respira. La neblina en la montaña, el calor del llano, el labrador de la tierra, el correr de las aguas, la brisa en la playa, el alba marina son el escenario perfecto que engloba nuestro territorio en donde el labrador representa a nuestro hermano venezolano, trabajador incesante en cualquiera de estos espacios.

Poemas al hijo en Rugeles, M. F. (2009) es una composición poética en la que predomina gran carga afectiva, se puede elucubrar sobre lo que significa la venida del hijo al mundo o el compartir con los mismos: juegos, sueños, promesas y esperanzas. Se manifiestan los más sinceros sentimientos al hijo que se espera con dulzura. La alegría de los más cercanos se manifiesta ante la sonora sonrisa de un niño.

(...)
Róndalo rondadora
de la aurora.
Con esa ardiente luz, siempre encendida,
¡ronda su corazón,
Ronda su vida!
(Ronda, p. 369)

Los más tiernos deseos acobijan a la criatura, vienen de todas partes, pues nacen del corazón. Así el padre se compromete ante el hijo que un día dejará de ser niño para convertirse en hombre, y en él quedará marcada la cultura y la identidad arraigada de un provinciano tachirense quien la lleva a donde va.

Rugeles, expresa:
Tuve ayer en mis manos
una copa de estrellas.
Me escribieron amigos de países lejanos.
Todos ellos auguraran para ti cosas bellas.

Por más de una razón,
comparte la alegría que hay en mi corazón.
Yo guardaré las cartas para cuando mañana,
fiel a nuestro recuerdo, dueño ya de tu nombre,
puedas leer en ellas:
miniatura de hombre,
frágil ternura humana,
verdad de mi canción.
(Promesa, p. 370)

Es así como la ciudad no es solo edificaciones, avenidas, calles, parques, museos, teatros, bibliotecas, restaurantes, instituciones públicas o privadas... La

ciudad son todos quienes habitan en ella. Es el gentilicio quien da vida a la misma. De lo contrario, sería una ciudad muerta, derruida y desolada. Por tanto, cada nuevo ser, cada hijo en esta tierra, da existencia a los poblados. Sin duda, la aldea hecha ciudad fue el refugio más noble del poeta. En su espontánea palabra denota una infancia feliz, rodeada de gente humilde, el verdor de sus paisajes, el azul del cielo, la niebla en sus montañas, el invierno como fuego abrasador, la iglesia y sus costumbres, aldeanos llenos de fe. Así estuvo marcada su niñez, el tiempo pasó y los cambios no se hicieron esperar. Vale citar, a propósito de esto, unos cuantos versos de su poema Ofrecimiento al hijo, de la aldea perdida (p. 377):

A mis cincuenta años hoy te traigo, hijo mío,
a conocer los viejos caminos de mi aldea
y a sentir en la viva transparencia del aire
la voz de las cascadas, el rumor de los pinos,
y el aria incontinida, versátil, de los pájaros
que cruzan por el círculo vespéral de su valle.

Por aquí tus pisadas, hijo mío,
van a encontrar la sombra de mi callado andar;
cuando estaba a la altura de estos nobles arbustos,
descubrir ya sabía la miel de los pomares
y el brillo del rocío que encienden las luciérnagas
en las primeras rosas que despiertan al alba.

Ser padres representa la palabra inexplicable o la multiplicidad de las mismas, cargadas de amor infinito hacia ese pedacito de carne que viene de nosotros. Es querer enseñar los colores de la vida por muy turbulenta que sea. Celebrar el más hermoso paisaje gracias a una sonora sonrisa. Es querer cobijar en la alegría y en la tristeza, aliviar el dolor con una palabra de consuelo; festejar lo que nunca se ha celebrado, corregir desde múltiples perspectivas. Es desear recorrer juntos territorios generacionales con el fin de conocer las costumbres enmarcadas en la cultura de los padres, ancestros, familiares y amigos.

En Hora de Palique (2013) Tamayo nos relata: “Los que lo conocimos y tuvimos el inmerecido privilegio de ser sus amigos, íntimos como yo... sabemos el regusto con que él se refería a su aldea, a su montaña, a su niebla” (p. 30). En resumen, queda en evidencia que Rugeles aborda la relación entre la literatura y la ciudad en sus obras poéticas: Aldea en la niebla (1944), Memoria de la tierra (1946 - 1948) y Cantos de sur y norte (1954). Su visión literaria expresa la valoración de las identidades urbanas, su palabra no deja de ser prolija y elegante, con ella demuestra su vasta formación. Por otra parte, el amor a su aldea, a la provincia, al paisaje, a la tierra, al campo, a la ciudad que lo vio crecer,

a su familia, a su hijo, a la iglesia y a su fe hecha verso, lo identifican como tachireense.

Esto queda demostrado en palabras de su compañera de vida Ana Mercedes Asuaje de Rugeles, quien señaló que el poeta en los últimos días de existencia se refugió en sus libros, en el cariño del hijo, en el calor del hogar y sus afectos familiares. Tanto amó su aldea que se resguardó en una casa de campo que le hacía recordar la suya cuando era niño (De RUGELES en RUGELES, 2009, p. 449).

Finalmente, Manuel Felipe Rugeles le canta a la vida, a la aldea, a la ciudad, a sus costumbres e identidad. Su palabra es suave y refinada lo que demuestra el roce interpersonal enmarcado en el contexto sociocultural en el que se desarrolló. El análisis poético planteado demuestra que el lírico no solo reprodujo lo que vio, oyó o percibió, sino también lo que sintió en vida. Esa mezcla de lo sensorial inspirado en el paisaje de la provincia, destacando la montaña, la fauna, la flora, lo cromático, lo cinético a través de la descripción de sus raíces.

Los factores situacionales de su discurso permiten determinar el grado de familiaridad con su entorno. El realce de la tierra, los aspectos religiosos, las faenas en el campo, la heredad a los hijos, el sentido de pertenencia dan muestra de las relaciones de poder, contacto y afecto en el género discursivo utilizado. El poeta, no solo valoró sus paisajes, sino que contribuyó con el desarrollo de su arraigo e identidad a través de sus obras en las cuales con acentuado valor literario realzó la aldea que lo vio crecer.

La mirada del paisaje, en sus poemas, puede contar con distintas impresiones; jugará, entonces, un rol muy importante el estado anímico en que se encuentre el lector. Sin embargo, el texto poético lleno de lo subjetivo y connotativo da pistas que permiten no solo connotar los hechos sino denotarlos. Puesto que, existen varios tipos de territorios, no solo el demarcado por lo geográfico - espacial. Existe un territorio psicológico en el que se presenta la lucha diaria de las ideas, pensar en lo que se añora, metas, sueños, familiares, hijos, amigos, en lo que pudo ser y no es, en lo que se cree sería posible. Es en ese territorio mental en donde convergen los más serenos y oscuros pensamientos; se avizora la parte más noble u oscura del ser. Es en ese espacio en el que el poeta, Rugeles, trastoca con su verso el alma de quienes habitan su territorio, ya que recuerda la infancia de muchos e invita a otros a reflexionar sobre la aldea que fue y la ciudad que es ahora. No hay duda de que la literatura y la ciudad se entrecruzan en su obra para describir las costumbres del Andino - Tachireense.

BIBLIOGRAFÍA

AMADO, A. *Gente del Táchira. Venezuela*: Biblioteca de autores y temas tachirenses 61, 1936 - 1974.

ARGÜELLO, R. (s.f.). *La literatura de la ciudad*. Recuperado de www.bdigital.unal.edu.co/782/12/318_-_11_Capi_10.

CASTILLO, L. *Elementos históricos del San Cristóbal Colonial*. El proceso formativo. Caracas: Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1987.

FERNÁNDEZ, J. *El concepto de cultura en la antropología contemporánea*. 2009. Recuperado de http://www.google.co.ve/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=5&ved=0CDAQFjAE&url=http%3A%2F%2Fconsellodacultura.gal%2Fmediateca%2Fextras%2Ftexto_fern%25C3%25A1ndez_de_rota.pdf&ei=LL4AVZKhE8TbsAT4m4HoCA&usq=AFQjCNHNbDURou66CfzYeSY0BPAFUoSvw&sig2=qDYpR3EaC9bayYv1PioxuA

FIGUEROA, D. *Manuel Felipe Rugeles: la poesía de cuerpo y alma* [Mensaje en un blog]. 28 de octubre de 2013.

Recuperado de <https://latintainvisible.wordpress.com/2013/10/28/manuel-felipe-rugeles-la-poesia-de-cuerpo-y-alma/>

HORA de Palique. *Memoria y cuento de los primeros cincuenta años de la Peña Literaria "Manuel Felipe Rugeles"*. San Cristóbal: Biblioteca de autores y temas tachirenses, 2013.

ILLAS, W. Educación Literaria centrada en la comprensión del texto a partir de la literatura local - regional. ARJÉ *Revista de Postgrado FACE-UC*. 7(13), 293-328, 2013. Recuperado de <http://arje.bc.uc.edu.ve/arj13/art12.pdf>

KAUFMAN, A.; Rodríguez M. *La escuela y los textos*. Buenos Aires: Santillana, 2001.

RUGELES, M. F. *Aldea en la niebla y otros poemas de la tierra*. Caracas: Talleres Gráficas Sitges, 1956.

_____. *Poesías* (Antología general). San Cristóbal: Biblioteca de autores y temas tachirenses 16, 1961.

_____. *Obra poética*. San Cristóbal: Biblioteca de Autores y temas tachirenses 188, 2008.

_____. *A propósito de un Congreso de Periodismo Cultural, de una necesaria y urgente revolución cultural y de Rugeles*. 2017. Recuperado de <https://www.aporrea.org/cultura/a252727.html>

SALCEDO, E. *Manuel Felipe Rugeles, poeta de la montaña y de los niños venezolanos*. Madrid: La Muralla, 1978.

SÁNCHEZ, L.; JEREZ, O. *La Mancha en El Quijote: territorio y literatura para una geografía didáctica*. 2005. Recuperado de <http://www.didacticageografica.es/index.php/didacticageografica/article/view/256/234>

SCHNEIDER, S.; PEYRÉ, I. Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales. En: MANZANAL, M; NEIMAN, G.; LATTUADA, M., (Org.S). *Desarrollo Rural*. Organizaciones, Instituciones y Territorio. Buenos Aires: Ed. Ciccus, 2006 (pp. 71-102). Recuperado de www.ufrgs.br/pgdr/arquivos/462.

VALERO, M. *Paisajes portátiles: otros imaginarios del arraigo*. Foro Paisaje y cultura 2015. Sendas del paisaje y estancias del arraigo. Conferencia llevada a cabo en el marco de los 50 años de la Escuela de Geografía, Universidad de Los Andes, Venezuela – Táchira, 2015.

_____. *Percepciones y emociones en torno a los paisajes*. Organizado en la Escuela de Geografía e Instituto de Geografía y Conservación de la Universidad de Los Andes, realizado en la ciudad de Mérida entre del 15 al 17 de octubre del año 2008. Texto presentado en el Foro Paisaje y Cultura 2008:

ZAMBRANO, W. *La lengua: espejo de la identidad*. Revista Investigación: Informe Internacional (18), 63-65., 2009. Recuperado de <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/27675/1/articulo19.pdf>.

VOLVER A SUMARIO